

NIETZSCHE

SOBRE VERDAD Y MENTIRA EN SENTIDO EXTRAMORAL

1

Nietzsche comienza el texto presentando una fábula mediante la cual pretende ironizar sobre la excesiva valoración que la tradición occidental ha otorgado al intelecto, del cual el hombre se siente tan orgulloso. En realidad, el intelecto no es nada sublime ni divino, sino un simple producto natural, un instrumento al servicio de la vida, equivalente a los órganos de los que vale cualquier animal para defenderse, y tan débil como el sujeto que dispone de él. Nietzsche rechaza expresamente cualquier posibilidad de un trasfondo intelectual, de ideas, que constituya la finalidad de la vida humana. El intelecto no guarda relación alguna con la verdad y la mentira, su misión no es «conocer la verdad», [de ahí el título del texto] como creyeron siempre los filósofos, sino «engañar», «crear ficciones, ilusiones», que permitan al hombre sobrevivir, tanto frente a otros seres como ante sí mismo, haciéndole soportable la existencia, «ilusionándole» con sueños, que le permitan aguantarla.

Si el intelecto hubiese sido concedido al hombre para conocer la terrible verdad de la vida, le habría hecho huir de ella lo más rápidamente posible, con lo sucedió al hijo de Lessing [este crítico y dramaturgo alemán (1729-81), al morir su hijo recién nacido, dijo que debía de ser muy inteligente, porque, nada más ver lo amarga que era la vida, había escapado de ella]. El ser humano se encuentra profundamente sumergido en ilusiones y ensueños, pues sus sensaciones son simplemente estímulos que no le conducen en ningún caso a la verdad y durante toda su vida, el hombre se deja engañar por la noche por sus propios sueños. Y, Nietzsche señala [anticipándose a Freud] que el intelecto tampoco le sirve al hombre para conocerse a sí mismo: más bien le oculta el fondo inconsciente, bárbaro y cruel que en él se encierra. El intelecto está hecho, más bien, para engañarnos sobre el valor de la existencia y para «fingir»: es un arma que sustituye al camuflaje, los colmillos, los cuernos, etc., que utilizan otros animales en su lucha por la vida.

Entonces, el problema es: ¿por qué valora el ser humano la verdad? ¿qué sentido tiene esta? El intelecto es un instrumento de fingimiento, útil para la supervivencia; pero la lucha por la vida conduce a una «guerra de todos contra todos», en la que nadie está seguro y que hace imposible la sociedad. Por eso, para vivir en sociedad se hace necesario un pacto, un tratado de paz, mediante el cual una sociedad determinada establece qué se considera dentro de ella «verdadero» o «falso». A partir de aquí, será «verdadero» lo que se ajuste al uso establecido de las palabras y resulte útil para la vida, y «falso», aquello que no se atenga a ese uso y se muestre perjudicial para ella. No es la mentira, sino el ser perjudicados, lo que molesta a los hombres y no es la verdad en sí lo que interesa a los hombres sino las consecuencias agradables de la verdad. La verdad es, pues, una interpretación, una perspectiva lingüística, compartida por todos los miembros de una sociedad, al resultarles útil para mantener la vida. [Nietzsche ofrece una teoría perspectivista de la verdad, inspirada en el relativismo de los sofistas y en la teoría del contrato social propuesta por Hobbes.]

Las verdades, por tanto, son «ilusiones», convenciones, que se ha olvidado que lo son. Nietzsche rechaza la teoría de la verdad como correspondencia: nuestro conocimiento no se corresponde con ninguna realidad exterior. En sí mismas, las palabras son «tautologías», es decir, no aportan ningún conocimiento sobre el mundo. Al igual que las figuras creadas en la arena por la vibración del sonido (descubiertas por el físico alemán E. Chladni), las palabras son simples transcripciones sonoras, metáforas, de los impulsos nerviosos causados en nuestras mente por un agente exterior, sobre cuyo verdadero «ser en sí» o «esencia» no tenemos ni la más remota idea. El modo en que se elabora el lenguaje nos lleva a hacer extrapolaciones arbitrarias, como, por ejemplo, la de considerar el árbol como algo masculino y la planta como femenina. Prueba de ellos es que los lenguajes de las distintas culturas son completamente diferentes, porque estas interpretan las intuiciones que recibimos del mundo con palabras totalmente distintas, según convenga para sus necesidades vitales. [La referencia a la teoría del conocimiento kantiana es evidente, y, aunque las conclusiones son opuestas, porque Nietzsche niega la posibilidad de la verdad, de la ciencia (en términos kantianos), se basa en la distinción que propuso Kant entre la «cosa en sí», que no podemos conocer, y los fenómenos sensibles, que es lo que efectivamente conocemos.]

Nietzsche rechaza cualquier teoría realista de los conceptos universales [como pueden ser las ideas de Platón]: en la naturaleza solo existen seres individuales, y la formación de los conceptos se realiza cuando el intelecto suprime arbitrariamente las diferencias entre ellos, para realizar determinadas clasificaciones que resultan útiles para la vida. Pero es completamente erróneo pensar que ese esquema, así obtenido, corresponde a algún arquetipo o modelo universal, existente por sí mismo (por ejemplo, la «hoja», la «honestidad», etc.). En la naturaleza, no hay ni conceptos ni formas universales: las estructuras gramaticales que emplea una cultura son completamente artificiales, «antropomórficas», y no nos permiten captar la realidad.

La verdad, por consiguiente, no es sino el conjunto de metáforas¹, metonimias², antropomorfismos³ que utiliza un grupo humano para aludir a las relaciones que mantienen sus miembros entre sí, y todos ellos con la naturaleza. Debido a su uso prolongado, con el tiempo se olvida el origen de esas metáforas, y parece como si esas categorías gramaticales no se hubiesen «inventado», como si existieran por sí mismas, independiente del hombre.

El paso clave en el cambio de la perspectiva humana sobre la realidad, de lo particular a lo universal, se produce cuando este ser racional, tras olvidar su carácter metafórico, ilusorio, se vuelve hacia los conceptos y rechaza las intuiciones, las impresiones sensibles, por su individualidad, su irreductibilidad. A partir de ahora, el hombre se define frente a los animales como el ser racional capaz de manejar conceptos. Sólo ese andamiaje petrificado de esquemas lingüísticos y conceptuales, que se parece a un *columbarium* [edificio funerario romano de pequeños nichos en los que se depositaban las urnas que contenían las cenizas de los difuntos], a una «catedral» de conceptos, a una «pirámide» de palabras, permite clasificar y organizar la realidad, «ordenándola» en géneros y especies («castas»).

Lo primario, lo real, son, pues, las intuiciones; pero el uso contante de determinados términos lingüísticos hace que se invierta la perspectiva, y se pase a considerar que la «verdad» es precisamente ese rígido entramado de conceptos. Los filósofos y científicos consideran «verdadero» aquello que se ajusta a las clasificaciones y leyes del sistema que han creado, y «falso», todo lo que escapa a él. No tiene en cuenta que existen tantas interpretaciones de la realidad como culturas, y que cada una interpreta sus intuiciones de manera diferente, según le resulte más útil para dominar la vida. De esto concluye Nietzsche que la «verdad» sólo existe en tanto que depende de los hombres [la referencia a Protágoras es evidente: el hombre como medida de todas las cosas.] La verdad no es, pues, absoluta, sino relativa, pues no accede a las cosas mismas.

Lo admirable no es que el ser humano trate de indagar la «verdad», sino más bien, su capacidad estética, su poder artísticamente creador, que le permite crear ese complejo entramado conceptual para enfrentarse con éxito al devenir incesante de la vida. Esa construcción intelectual depende única y exclusivamente de él, del poder creador de su mente: si fuese consciente de ello, quizá perdería seguridad a la hora de enfrentarse con la vida; por eso «olvida» el origen puramente metafórico de los conceptos, y cree firmemente en su «verdad». Pero, considerado en sí mismo, el universo conceptual creado por la mente equivale a los artificios que utilizan el insecto o el pájaro para percibir el mundo, de manera que no tiene sentido plantearse cuál de esos mundos —el del hombre, el del insecto o el del pájaro— nos da una percepción de la realidad «más correcta». [La afirmación del perspectivismo y del relativismo no puede ser más clara: no existe la «percepción correcta» que permita decidir qué percepción del mundo es más correcta.] Nietzsche se niega a establecer cualquier relación causal entre los fenómenos (palabra que se resiste a usar precisamente por esta razón) y las cosas. Ni siquiera se puede asegurar cuál es la procedencia de las sensaciones [Nietzsche está utilizando el mismo argumento que Hume contra la causalidad], ni si su traducción en imágenes es necesariamente así, aunque se haya producido infinitas veces del mismo modo por medio de la transmisión hereditaria a través de muchas generaciones de hombres.

Nuestro intelecto se muestra incapaz de conocer las «verdaderas» leyes de la naturaleza, pues sólo conocemos los efectos de las supuestas leyes de la naturaleza. Las leyes de la naturaleza se basan en sumas de relaciones entre el espacio, el tiempo y ciertos números; pero todas esas representaciones las produce el intelecto, igual que produce una araña su tela, trazando un «red conceptual» con la que atrapa la realidad. [Nótese que aquí Nietzsche, como ya había hecho Kant, si bien en otro sentido, también considera que espacio y tiempo son aportaciones del sujeto. Pero Nietzsche lleva al límite las tesis de Kant: nuestra mente sólo conoce de las cosas lo que ella misma pone en ellas; es decir, la trama de conceptos con la que procura dominar el flujo constante de los fenómenos.] La regularidad que descubrimos en las órbitas de los astros y en los procesos químicos y que tanto respeto nos infunde, no es en el fondo más que infundirnos respeto a nosotros mismos.

2

Igual que las abejas construyen sus celdas, la filosofía y la ciencia construyen el entramado de categorías con las que clasifican el mundo, erigiendo así el «edificio del conocimiento», que renuevan y

¹ Tropo que consiste en trasladar el sentido recto de las voces a otro figurado, en virtud de una comparación tácita; v. gr.: *Las perlas del rocío; la primavera de la vida; refrenar las pasiones.*

² Tropo que consiste en designar una cosa con el nombre de otra tomando el efecto por la causa o viceversa, el autor por sus obras, el signo por la cosa significada, etc.; v. gr. *Las canas por la vejez; leer a Virgilio, por leer las obras de Virgilio; el laurel por la gloria, etc.*

³ Tendencia a atribuir rasgos y cualidades humanos a las cosas.

perfeccionan constantemente, para incluir dentro de él todo lo existente. De este modo, aseguran la vida del hombre frente a toda incertidumbre, anclándola en una supuesta «verdad científica». Pero el impulso creador de metáforas que caracteriza al hombre no se agota en la forja de los conceptos científicos, sino que también se expresa a través del mito y el arte. Aquí, la creatividad humana rompe con todos los rígidos esquemas conceptuales y maneja el lenguaje a su antojo, creando –como afirmaba Pascal [(1623-1662) matemático, físico y filósofo francés]– un mundo fantástico, semejante al de los sueños. [El arte es capaz de provocar una duda tan fuerte en el hombre racional como la de hacerle creer que lo real es sueño o al revés, tal y como expone Descartes o muestra Calderón de la Barca en su teatro.]

Tanto la ciencia como el mito y el arte son productos metafóricos, invenciones o ilusiones creadas por la mente humana para dominar la vida, pero mientras los fríos conceptos científicos paralizan la vida, deteniéndola, las fábulas mitológicas o las metáforas poéticas se apegan más a la intuición, al devenir vital y son más «bellas». Por eso, «hacen soñar» al hombre, es decir, liberan su espíritu: gracias a ellas, consigue escapar de la esclavitud que para él supone la ciencia, celebrando esa libertad con las «Saturnales» [fiestas carnales celebradas en la antigua Roma en honor de Saturno, en diciembre, en las que las clases sociales invertían sus papeles ordinarios: los esclavos mandaban, los amos obedecían]

De ahí que un pueblo «míticamente excitado» –como el de Atenas en la época de Pisístrato [tirano (600-527 a.C.), jefe del partido que representaba a los campesinos pobres]– creyese ver ninfas, a Zeus en forma de toro o a la misma diosa Atenea, igual que nosotros confiamos hoy día en nuestros conocimientos científicos. El maravilloso mundo de bellas apariencias [apolíneas] que había creado le permitía al hombre griego conjurar el carácter inseguro y terrible [dionisiaco] de la existencia.

Existen, según Nietzsche, dos tipos humanos: el «hombre racional» (filósofo, científico) y el «hombre intuitivo» (poeta, artista, músico). Los dos se dan en la historia, aunque predominando uno u otro. Ambos se enfrentan a la vida, con su carácter peligroso [dionisiaco], tratando de comprenderla y dominarla, pero, mientras el hombre racional utiliza la previsión y la regularidad que le proporcionan los conceptos abstractos, el hombre intuitivo se vale del arte, disfrazando la vida de bellas apariencias. Cuando domina este último, como sucedió en la Grecia clásica, se crea una cultura en la que todos los aspectos de la vida expresan una sublime libertad y belleza. Ambos sufren, asimismo, ante el horror de la vida, pero mientras el hombre intuitivo expresa su dolor abiertamente, a través del arte, el hombre racional (representado en la Antigüedad clásica por el sabio estoico) se enfrenta al destino adoptando una máscara de autocontrol, de fría calma. Por esta razón, el mundo griego, que supo mantener el equilibrio entre ambos tipos humanos, alcanzó un grado de perfección realmente sublime.